



Hilary Mantel Experimento de amor

DESTINO

Experimento de amor

Hilary
Mantel

Traducción de
Albert Vitó i Godina

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1335

Título original: *An Experiment in Love*

© Hilary Mantel, 1995

© por la traducción, Albert Vitó i Godina, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Los versos de T.S. Eliot de «Whispers of Immortality» están extraídos originalmente de *Collected Poems 1909-1962*, 1974, con el permiso de Faber and Faber Ltd

Primera edición: enero de 2016

ISBN: 978-84-233-5013-1

Depósito legal: B. 26.444-2015

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: CPI

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Uno

Esta mañana he visto una foto de Julia en el periódico. Aparecía frente a la casa que tiene en Highgate, donde recibe a sus pacientes: una mujer alta, envuelta en una especie de chal indio. La cara no se le distinguía bien, estaba borrosa; aun así, la seguridad que transmitía la posición de sus brazos me ha permitido imaginar la expresión de su rostro: atenta, maternal, con esa sonrisa amplia y fría que conozco desde que teníamos once años. En primer plano, una adolescente esquelética se le acerca tambaleándose desde una limusina aparcada: es Linzi Simon, la popular estrella televisiva, ídolo del público juvenil y víctima de la anorexia.

Gracias a las terapias de Julia y a la publicidad que han recibido, sabemos que hay personas de cualquier edad que deciden morir de hambre. Ancianas de ochenta y cinco años se despiden de la vida limitándose a beber té; recién nacidos vuelven la cabeza ante el biberón y se apartan ante el pecho de la madre. Del mismo modo que los sacos de cereales que mandamos a África no bastan para saciar el hambre

de la gente, las personas que en nuestra sociedad deciden morir de hambre no pueden mantenerse con vida sólo a base de biberones y tubos. Deben decidir alimentarse, deben elegirlo. Incapaz de solucionar la hambruna —puede que no le importe, no todo el mundo se preocupa por esos problemas a gran escala—, Julia se ocupa de los hijos de los ricos, los que sufren dolencias curables. Sin duda alguna, sus pacientes acuden a ella para evitar los severos métodos conductistas de los hospitales privados, donde a las chicas les quitan los cepillos de dientes, los cepillos para el pelo y su ropa, y sólo se los devuelven a cambio de haber ingerido un cierto número de calorías. De este modo, destrozándoles el alma, consiguen salvarles la carne.

Esta mañana me he dado cuenta de que contemplaba la página con tanta fijación que la veía borrosa. Era como si, en alguna parte, las fibras que formaban el papel me ofrecieran un hilo que me permitía recorrer mi vida entera, desde donde estaba entonces hasta el momento actual. LA PSICOTERAPEUTA JULIA LIPCOTT, rezaba el pie de foto. «Vaya, todavía se apellida Lipcott», he pensado. Aunque, por supuesto, tal vez se haya casado. Cuando era joven no se habría cambiado de ropa interior por un hombre; dudo que estuviera dispuesta a cambiar de apellido, pues.

La historia que acompañaba a la foto contaba que Linzi Simon llevaba dos años enferma. Eran cotilleos, en realidad. Me sorprende lo que *The Telegraph* puede llegar a publicar. La megaestrella tenía los ojos muy abiertos, aturdidos como los de un pescado recién sacado del agua.

Julia y yo nos fuimos a vivir fuera de casa por primera vez un año después del accidente que Ted Kennedy sufrió en Chappaquiddick. Me había pasado la primavera soñando con el suceso y cuando me despertaba seguía recordando los sueños: el tejido pulmonar y el agua, el pelo flotando y el frío intenso. En Londres, ese verano las temperaturas rondaron los treinta grados, aunque en casa hizo el mismo tiempo de siempre: lluvia casi omnipresente, neblina al amanecer sobre el agua sucia del canal y humedad por la noche, en el césped de los pubs rurales a los que acudíamos con nuestros novios; luego el sexo a oscuras repartía la humedad entre el sudor y el rocío. En junio hubo elecciones y ganaron los *tories*. No fue culpa mía; no tenía la edad suficiente para votar.

En julio hubo una huelga portuaria y escasez temporal de productos frescos. El ministro de Agricultura apareció en las noticias y dijo: «Lo que deberían hacer las amas de casa esta semana es salir a comprar y elegir los productos más baratos».

Nada más oírlo, mi madre se quitó una zapatilla y la lanzó contra el televisor. Pasó volando por encima y quedó enredada en la maraña de cables que se escondían detrás.

—¿Qué cree que suele hacer la gente, si no? —dijo—. Debe de pensar que vamos al mercado y decimos: «¿Qué es lo más caro que tienes hoy? Pues me pones dos kilos, por favor. Y me añades algo de caviar, del más caro que tengas. ¡Ay, no, no es suficiente! Mira, ¿sabes qué?, quédate con el cambio».

Mi padre se levantó de la silla para recuperar la

zapatilla y se la devolvió diciéndole que era su «príncipe azul».

Mi madre resopló y volvió a meter el pie venoso en la zapatilla de fieltro.

En cuanto llegaron los resultados de los exámenes empecé a hacer las maletas. No es que tuviera mucha ropa, y a alguna de la que tenía le faltaban los flecos y los estampados de mosaico que tan en boga estaban por aquel entonces. Según los periódicos, ese otoño se llevaría el color púrpura. Yo ya tenía edad suficiente para recordar la última vez que ese color había estado de moda, el matiz amarillento que parecía adoptar la piel de las mujeres que lo vestían y lo embarazoso que resultaba tener el armario lleno de aquellas reliquias cuando dejaban de llevarse. Ese color no es más que una manipulación de la industria textil, porque aparte de los prelados nadie lo elegiría de forma natural. Las mujeres han picado demasiadas veces, por eso ya no se lleva el púrpura.

Rápido, antes de que me olvide...: el resplandor de las luces sobre las baldosas blancas, los lúgubres gemidos y los repiqueteos procedentes de la oscuridad, que no se parecían tanto a los de un tren como a la voz que avisa en los barcos que van a zarpar, la voz de la megafonía. Me saqué del bolsillo un mapa doblado y lo consulté como tantas otras veces durante el trayecto. El corazón me latía con fuerza y sentía una cierta aprensión ardiendo en mi pecho, unas llamaradas acariciando mis huesos desde dentro. Era una chiquilla y hasta entonces no había estado en ninguna parte.

Recogí la maleta que me estaba descoyuntando el brazo y me puse a avanzar a trompicones. Empezaban a caer el atardecer y las hojas secas en las plazas de Londres.

Cuando llegué a la residencia universitaria, una mujer que resultó ser la conserje me acompañó a la planta superior en ascensor. Llevaba un manajo de llaves en la mano.

—Si la hubieses dejado —dijo, refiriéndose a mi maleta— allí —añadió con un gesto tan misterioso como impaciente—, te la habría subido el portero.

El caso es que la llevaba a cuestras, por lo que tuvo que mantener el dedo sobre el botón que abría las puertas mientras yo hacía las maniobras necesarias para sacarla del ascensor. Tuve que seguirla por el pasillo arrastrando la maleta como si fuera un miembro deformado.

Mi habitación resultó estar en la tercera planta, conocida como la planta C. La mujer me guio por un amplio pasillo con suelo de parquet que crujía bajo sus pies. Se detuvo frente a una puerta con la inscripción C3, revolvió el manajo de llaves y la abrió para que pudiera entrar. Una vez dentro, consultó la lista.

—Mac, mac, mac —indicó—. Señorita McBain.

Antes de que guardara de nuevo la hoja, pude atisbar una fotografía, la fotografía en blanco y negro que la residencia había solicitado. Mi madre me la había tomado en el jardín: salía apoyada en un muro de ladrillos, como quien espera el pelotón de ejecución. Puede que fuera la primera vez que mi

madre utilizaba una cámara de fotos. Me la había hecho en un día despejado, pero en la fotografía mi rostro aparecía envuelto por una especie de neblina y mi expresión era de sorpresa.

—Bueno —dijo la mujer—, así que fue usted a la escuela diurna en..., déjeme ver..., ¿Lancashire?

Era cierto. Aparecía en alguna lista, en alguna tabla guardada en lo más hondo de ese gran edificio oscuro. Al volver la esquina en el pasillo me había llegado olor a sopa. Las luces empezaron a encenderse en otro edificio, al otro lado de la calle.

La mujer consultó las listas de nuevo.

—Y también vendrán dos compañeras tuyas, ¿correcto? La señorita Julianne Lipcott y... —Bizuquéó frente a la hoja de papel, ladeándola hacia la luz como si eso pudiera eliminar algunas de las «cz» y «dj» que se aproximaban en un apellido que yo conocía desde los cuatro años, y que por consiguiente no me parecía más extraño que Smith o Jones.

De hecho, incluso me parecía más común que éstos. Lo pronuncié para que no tuviera que hacerlo ella y, con ánimo de ayudarla, añadí:

—La llamamos Karina.

—Ya veo. Pero ¿con cuál de las dos compartirá habitación? No tenemos ninguna con tres camas.

Claro, parecerían dormitorios de convento. Intenté imaginarnos frente a una fila de camas blancas: Carmel, Karina y Julianne, las tres con las manos entrelazadas, rezando.

—Puesto que ha sido usted la primera en llegar, puede elegir —dijo la encargada—. La que quede tendrá que compartir habitación con otra persona.

—Levantó una ceja antes de continuar—. ¿O tal vez preferiría ser usted? ¿Prefiere no compartir habitación con ninguna de las dos?

Me di cuenta de que una tímida expresión de duda debió de instalarse en mi rostro.

—La señorita Lipcott —respondí enseguida—. Con la señorita Lipcott, por favor.

¿Cómo me atreví? No fue tanto porque me apeteciera tener a Julianne como compañera, ni porque pensara que a ella pudiera gustarle la idea; Julianne se mostraría indiferente. Si le hubieran preguntado a ella con quién prefería compartir habitación, sin duda habría dicho: «¿No hay ningún hombre?». Pero ¿cómo habría reaccionado si por mi negligencia o falta de coraje hubiera tenido que despertarse cada mañana en la misma habitación que Karina?

La encargada pasó por encima de mi maleta, cruzó la habitación y corrió las cortinas. Eran de color gris, con una franja más oscura del mismo color, a juego con las colchas de las dos camas individuales que estaban contrapuestas a lo largo de la misma pared. Me sonrió y con un gesto señaló la habitación, el ropero, el lavamanos y los dos escritorios y las dos sillas.

—Podrá elegir la que prefiera, pues.

Me puso en la mano un llavero de madera enorme con la inscripción C3.

—Será mejor que cierre la puerta con llave cuando salga de la habitación. Y deje la llave en el mostrador de recepción cuando salga del edificio.

Colocó bien las hojas de la lista sobre el escritorio y las prendió todas juntas con una pinza metálica.

—Señorita McBain, aprovecho esta oportunidad para desearle mucho éxito en su carrera universitaria. Si tiene cualquier problema o consulta, no dude en venir a verme. Aunque antes tendrá que concertar una cita, por supuesto.

Dicho esto, la conserje salió de la habitación, cerró la puerta con cuidado y me quedé sola en mi nuevo cuarto.

Me rasqué un codo. Estaba descoyuntada, increíblemente fatigada. ¿Qué estaba haciendo allí? Me vino a la cabeza una imagen del hogar que había dejado atrás, de la aburrida habitación con el brasero eléctrico encendido en la que solía estudiar, en la que había alimentado la ambición que me había llevado hasta el cuarto en el que me encontraba en ese momento. De repente empezó a crecer en mi interior una añoranza terrible: no eran las llamaradas de aprensión de antes, sino algo más húmedo: un frenesí sigiloso tras las costillas, como algo removiéndose en el fondo de un pozo. La maleta había quedado en diagonal respecto a la puerta, apoyada sobre uno de los laterales. Me encorvé, me agaché para empujarla con las rodillas hincadas en el suelo. Como si hubieran estado esperando la ayuda de la fuerza de la gravedad, las lágrimas empezaron a brotar de mis ojos y formaron manchas dentadas en las mangas de mi gabardina nueva.

Me puse de pie y abrí la puerta del ropero. Había seis perchas metálicas en una barra. Me quité la gabardina y la colgué. Tuve la sensación de que de algún modo la había estropeado llorando, como si de repente hubiera dejado de ser nueva por culpa del agua salada. No podía permitirme maltratar la ropa de esa manera.

Oí unas campanadas y, puesto que no llevaba reloj de pulsera (viajaba sin ese instrumento tan útil y a la vez tan corriente), las conté para saber qué hora era. Me senté en la cama que quedaba más cerca de la ventana. Ésa sería la mía, así como el escritorio más grande y mejor iluminado. Lo más normal en mí tal vez habría sido elegir el peor escritorio y la peor cama, pero sabía que Julianne despreciaría cualquier sacrificio que yo pudiera hacer por ella.

Así pues, sentada en la cama y acaricié con los dedos la áspera colcha a rayas. Las sábanas que había debajo estaban almidonadas y crujían como si fueran de papel: bien tensadas, embutidas en la estructura de la cama como si su función fuera la de retener a un lunático. La ventana daba a una calle que no parecía especialmente transitada. Una bombilla iluminaba una sencilla pantalla de papel. Y se hizo el silencio. Fue como si el tiempo se hubiera detenido mientras seguía allí sentada, mirándome los pies. Unos versos empezaron a pasarme por la cabeza. «Galletas de la suerte estuvimos abriendo, y todas llevaban un mensaje. / Ella escuchaba mientras yo los iba leyendo, hasta que se lo prohibió su madre.» Oía mi propia respiración, tomaba aire y lo expulsaba, como siempre. Tenía dieciocho años y un mes. Me preguntaba si seguiría haciéndome mayor: tal vez me limitaría a quedarme allí sentada, en esa habitación. Sin embargo, al cabo de un rato volvió a sonar el reloj. «Y sombrías eran las aguas / la rápida corriente del río Iser.» Me levanté y empecé a guardar la ropa en los cajones y los libros en los estantes.

Fui la única hija de una pareja ya algo mayor. Me crié en una ciudad pequeña, dedicada a la industria del algodón, que entró en decadencia más o menos cuando yo nací, cuando los productos textiles del Lejano Oriente empezaron a inundar los mercados y las hilanderías seguían funcionando con maquinaria anticuada que no valía la pena renovar. Los trabajadores también envejecían, de manera que durante mi infancia eran una parodia de sí mismos, la idea que los del sur tenían acerca del norte. Tras los muros de ladrillo de color ciruela de la fábrica, oscurecidos por el hollín y las lluvias, hombres rechonchos ataviados con monos de trabajo se arrastraban poco a poco de un lado para otro. Solían llevar el pelo rapado y gorra plana, mientras que las mujeres, de aspecto adusto, se cubrían el pelo con pañoletas a cuadros y usaban medias elásticas y zapatos que parecían barcos. Más allá de las chimeneas de las hilanderías, al fondo, se veían las colinas.

Las calles de nuestra ciudad estaban formadas por casas adosadas de ladrillo dispuestas en hileras que quedaban interrumpidas en las esquinas por tiendas que no fiaban a sus clientes, pubs que la gente aseguraba no haber pisado jamás e iglesias inconformistas de fachadas tiznadas, cuyas parroquias menguaron considerablemente durante la década de 1960. Hubo un tiempo en el que en el exterior de cada una de esas iglesias había un tablón de anuncios con discretas notas descoloridas que informaban de los horarios de las misas, la escuela dominical y los nombres de los párrocos que oficiaban en cada momento. Sin embargo, llegó un día en el que esas notas

quedaron sustituidas por carteles de colores chillones: EL CRISTIANISMO NO HA FRACASADO, ES SÓLO QUE NUNCA SE HA INTENTADO. Clausuraron el cine de la ciudad y lo convirtieron en un supermercado de diseño excéntrico. El instituto de mecánica cerró también sus puertas y pasó dieciocho meses en un estado lamentable, con todas las ventanas destrozadas, hasta que lo reabrieron para poner una tienda de neumáticos.

Cuando la despidieron de la hilandería, mi madre se dedicó a limpiar casas. Hubo un cambio en la forma de rendir culto en la iglesia: el párroco dejó de dar la espalda a los congregados y empezó a utilizar una jerga devaluada para que todos pudieran comprender lo que decía. *Opera manuum eius veritas et iudicium*. Las obras de sus manos son verdad y juicio.

Mi padre era contable. Lo sé desde que era muy pequeña, porque mi madre siempre me decía: «Tu padre no es un contable cualquiera, ¿sabes?». Cada noche hacía un crucigrama hasta el final. En ocasiones, mi madre leía libros de la biblioteca, u ojeaba revistas a las que también llamaba «libros», pero sobre todo se dedicaba a tejer o a coser con la cabeza gacha bajo la lámpara de pie. Sus tejidos y bordados eran exquisitos. Bordaba las fundas de las almohadas de casa, blanco sobre blanco, con rosas de tallos intrincados, con ramilletes metidos en cestas trenzadas, con cintas, guirnaldas y elegantes lazos. Mi padre podía ponerse una rebeca de canalé distinta cada día de la semana. Todas mis enaguas las había cortado y cosido ella, con encaje en los dobladillos y, siempre

en el lado izquierdo, algún motivo decorativo que representaba la inocencia: un ranúnculo, por ejemplo, o un gatito.

Soy consciente de que mi madre no era especialmente bella. Tenía el mentón rotundo y la voz potente, el pelo canoso y rebelde, siempre prendido con horquillas para mantenerlo recogido. Cuando fruncía el ceño, un nubarrón ensombrecía la calle. Cuando levantaba las cejas, el gesto con el que recibía las continuas pruebas que Dios le mandaba, en su frente aparecía de repente un entramado de catenarias de tranvía. Era beligerante, dogmática y astuta. Hablaba con una franqueza alarmante o bien se perdía en rodeos desconcertantes. Tenía los ojos grandes y despiertos, verdes como el vidrio verde, sin matices amarillos o avellana, sin las concesiones que suele hacer la gente respecto a los ojos verdes. Cuando se reía, yo casi nunca entendía el motivo, y cuando lloraba tampoco demostraba más suspicacia. Tenía las manos grandes, nudosas y llenas de callos, más aptas para asir un rifle que una aguja.

Mi padre era rubio, delgado y tranquilo, igual que yo. Compartíamos unos rasgos físicos suaves, mínimos, y ese color de ojos que cambia según la luz. Mi madre me decía que era una inglesita. Pues muy bien. Eso me ponía los pelos de punta y no mejoró con el tiempo. Me gustaba creer que era extranjera. Tanto mi madre como mi padre habían emigrado de Irlanda dentro del vientre de sus madres y el ordinario acento del norte que utilizaban era tan neutro como el mío. Mi padre parecía inglés, podría haber pasado por conde, o por lacayo de un conde. Su cuerpo angosto se do-

blaba por sitios extraños, como si estuviera articulado de un modo distinto al del resto de la gente. Tenía las piernas largas, tanto que parecían extensibles, mientras que sus pies eran estrechos y nervudos. Cuando entraba en una estancia, se dedicaba a merodear por ella como uno de esos insectos inofensivos y zancudos que se deslizan por la superficie de las charcas.

De vez en cuando, mis padres se encerraban en su dormitorio y mi madre mencionaba, en voz alta y con tono peleón, nombres de ciudades que yo no conocía. Una vez fue «Colchester», otra «Stroud» y en otras ocasiones fueron nombres más largos como «Kings-ton upon Hull». Más adelante me di cuenta de que eran lugares a los que podríamos habernos mudado si mi padre hubiera aceptado una oferta de ascenso. Sin embargo, por un motivo u otro nunca llegó a darse el caso. Cuando estaba en plena adolescencia, se metían por separado en un cuarto y susurraban entre dientes —postizos, en los dos casos— quién había querido ir y quién no, quién le había cortado las alas al otro. Yo no le veía ningún sentido: no tanto como para sorprenderlos juntos en una misma habitación y obligarlos a contármelo, a escupir la verdad acerca de la situación. Tal vez ya empezaba a sospechar que no existía verdad alguna, que sus ficciones estaban entrelazadas y dependían la una de la otra.

En verano, cuando era pequeña, cogíamos un autobús que nos llevaba hasta las afueras de la ciudad y paseábamos por las colinas, deambulando por caminos de herradura para tomar un poco de aire fresco. Parecíamos ángeles oteando las chimeneas de las hilanderas que quedaban a nuestros pies.

En cuanto empiezas a recordar —¿no le ocurre lo mismo a todo el mundo?—, una imagen da lugar a otra, de manera que empiezan a pasarte por la cabeza en todas direcciones, como animales correteando de un lado a otro, huyendo tras haber sido descubiertos en sus refugios. La memoria no es una cinta, no es una película que puedas rebobinar o adelantar a voluntad: es más bien un destello peludo y asustado, el tacto escurridizo de la seda entre los dedos, la textura duplicada del pelo o el hueso. Es una imagen borrosa, captada en movimiento: como una de mis fotos de familia, las que tomaba antes de que fabricaran las cámaras a prueba de idiotas para que cualquier idiota pudiera capturar instantáneas.

Lo que recuerdo es esto.

Tengo seis años y he estado enferma. Vuelvo a la escuela después de haber estado enferma. Es una mañana de primavera, el agua borbota en las canaletas y el viento sopla con fuerza. Todavía me siento débil, no estoy acostumbrada a salir y le agarro la mano con fuerza a mi madre mientras cruzamos juntas la puerta de la escuela. Tal vez no quiero ir, no lo sé. Hay un árbol en el patio de la escuela, y la manera en que se mueve la luz moteada del sol que se filtra entre las hojas se parece a lo que siento en las extremidades: a veces, pesadez; otras, ligereza. Todo me parece nuevo. Tengo los ojos claros y fríos, como si me los hubieran lavado con agua helada.

Dentro del aula, el aire es cálido y el ambiente está cargado. Huele a humedad, a lana y a la leche del recreo calentándose en las botellas junto a las tuberías de los radiadores, cada vez más coagulada y

pegajosa. Me pregunto si en verano, cuando estamos de vacaciones, ese olor desaparece. Más detalles: la tiza huele a durazno, o tal vez pienso que las dos palabras riman para compartir la misma textura sonora, del mismo modo que comparten un tacto y una textura afelpada. Las reglas huelen a la madera de la que están fabricadas, a barniz y a la sal y la carne de la mano que las ha calentado: cuando te las acercas a la nariz, notas el olor de cada una de las muescas, de manera que a cada centímetro le corresponde un segmento olfativo distinto. Mi maestra gruñirá —mientras sus ojos me fulminan— que durante el tiempo que he pasado enferma podría haber aprendido a trazar una línea recta. Pero eso sucede más adelante. Esta mañana reina una cierta dulzura con esa luz titubeante. Es como si mi maestra hubiera olvidado quién soy y el hecho de que la última vez que me vio amenazó con pegarme por cantar. Mi renacimiento parece haber despertado en ella una vaga bondad.

—Veamos —me dice mientras echa una ojeada al aula—, ¿dónde te gustaría sentarte?

El lujo de elegir. Los dedos se me enroscan en las palmas como caracoles. Sé lo que me gustaría: sentarme junto a alguien con un certificado que acredite que no lleva insectos en el pelo. Huevos, dice mi madre, son los huevos lo que encuentras, pero soy incapaz de imaginarme huevos que no sean de gallina. Mientras me araña el cuero cabelludo con el peine de acero siempre hace hincapié en lo democráticos que son los piojos, que pueblan las cabezas de ricos y pobres por igual (aunque, que yo sepa, no conocemos a nadie que sea rico) y que les gustan, o mejor dicho,

prefieren, las cabezas limpias a las sucias. Yo formo parte de la categoría de cabezas limpias, y me lo dice para que no mire con desprecio a las víctimas de los insectos ni me burle de ellos en el patio.

Echo un vistazo a la sala. Debajo del jersey —granate o de un gris moteado—, los chicos visten camisa gris, con las solapas vueltas hacia arriba, dobladas y retorcidas como si las hubieran estado masticando. Usan cinturones elásticos a rayas con hebillas que parecen dos serpientes entrelazadas y llevan el pelo mal cortado, con el flequillo a media frente o directamente esquilado de cualquier manera. Cuando vuelven a casa y hace mal tiempo —es decir, casi siempre— llevan pasamontañas de punto, aunque uno de ellos usa algo peor: una especie de casco de piel, de un cuero delgado de color negro que le queda muy ajustado y le da un aspecto de saurio, abrochado bajo el mentón con una hebilla deslustrada. Cuando miro a los niños, lo que veo son pelos y hocicos, rostros de goma contorsionados que no paran de maullar. Sacan la lengua, se retuercen las orejas o se limpian la nariz con la palma de la mano, frotando el cartílago sin compasión una y otra vez. Sus extremidades, todavía lampiñas, son tan flexibles como la arcilla roja, como una muñeca que tuve: casi me parece oler la goma y notar el tacto de aquellas piernas sin hueso cuando las retorcía. Creo que no me sentaré al lado de un niño.

Me fijo en las niñas y ellas se fijan en mí: expresiones variadas de aburrimento o de odio están instaladas en sus rostros. Llevan el pelo recogido en generosas trenzas o cortado justo por debajo de las orejas.

En este último caso, lo llevan peinado hacia un lado, y es un gran pasador negro lo que evita que les caiga sobre los ojos. Todas llevan rebecas azul marino de diferentes clases, algunas de ellas gastadas y encogidas y con los botones mal abrochados. Las hay que llevan falda plisada o pichi de color azul muy oscuro, casi negro. Otras, vestidos de algodón bajo la rebeca, vestidos suaves de tonos pastel. Creo que para evitar males mayores me sentaré junto a una niña.

Pero ahora se me presentan dos dificultades. Una es que llevo tanto tiempo ausente que no tengo amigas. La otra es que mi madre me ha bordado un corderito que retoza y un friso primaveral en la falda del vestido de algodón azul que llevo puesto. Es un vestido celeste, sin más decoración que ese bordado. Veo que se fijan en mi cielo, queriendo y a la vez sin querer. No puedo esperar compasión alguna.

Me balanceo un poco sin moverme de sitio. El dobladillo del vestido me roza la piel por detrás de las rodillas.

—Bueno..., decídete —me dice la maestra.

Se conoce que la especialidad de la señorita Whittaker, la que impartirá la clase siguiente, es pegar a los alumnos en la parte trasera de las rodillas. Los golpes en los nudillos ya no se estilan.

Miro a mi alrededor y veo a Karina. Hay una silla vacía a su lado. Levanta su fornido rostro hacia la luz y me dedica una sonrisa bondadosa. Lleva una rebeca amarilla, amarilla y esponjosa, como los pollitos de los cuentos. Luce unas trenzas gruesas, atadas en los extremos con cintas blancas que forman unos vistosos lazos. Tanto de las trenzas como del resto de

la cabeza sobresalen diminutas hebras de pelo rubio platino. Su cara es como el sol.

—Allí, por favor —digo.

Satisfecha, Karina reorganiza sus posesiones encima de la mesa: alinea la regla, el lápiz, la caja de cartón en la que (a esa tierna edad) guardamos el papel con renglones para escribir y el cuadriculado para las cuentas.

Al día siguiente, cuando llegó Julianne, yo estaba tendida en la cama fumando un cigarrillo.

—¡Dios mío! —exclamó desde el umbral—. ¡Tu pelo! ¡Dios mío!

Me incorporé hasta quedar sentada y sonreí con solemnidad. Hasta el final del curso anterior había lucido una larga melena que me llegaba hasta la cintura. Sin embargo, en esos momentos llevaba el pelo muy corto, a dos dedos de la oreja. La semana anterior, al ver mi reflejo en los escaparates, había llegado a darme la vuelta buscando a esa desconocida que me pisaba los talones y que no era otra que yo misma. Notaba la cabeza ligera y llena de posibilidades, como la semilla de un diente de león.

Julianne cruzó la estancia, cogió mi paquete de cigarrillos y se puso uno entre los labios.

—¿Por qué lo has hecho? ¿Tenías piojos? ¿O tiene algún significado? —Se miró a sí misma en el espejo y levantó una mano para tocarse el pelo, una sedosa madeja de color caramelo—. Este espejo no sirve para nada —refunfuñó.

—Agáchate.

Julianne dobló las rodillas.

—Es inútil. No es la parte de arriba de la cabeza lo que necesito verme, sino el resto del cuerpo.

—Quizá podríamos colgarlo en otra posición.

—Dejaríamos la pared hecha una mierda.

Había una mesilla alargada en medio de la habitación, centrada sobre la alfombra de algodón a rayas que, a su vez, estaba centrada sobre el suelo pulido. Julianne comprobó la resistencia de la mesita con la mano antes de encaramarse a ella. Un fragmento de mi amiga apareció en el espejo: las rodillas, las medias de colores y el balanceo de su falda corta. La mesita crujió.

—¡Cuidado! —exclamé.

Ella extendió una mano con la palma hacia delante, con pose oratoria. Estábamos atiborradas de educación, íbamos sobradas:

—Venga, un discurso —le sugerí.

—La Galia está dividida en tres partes —profirió en latín.

—Eso no es un discurso.

—Cartago debe ser destruida —prosiguió sin dejar de contemplar su reflejo—. No está mal —dijo antes de bajar de la mesita, radiante.

—¿Y tu maleta? —pregunté—. ¿Dónde está?

—Se la he dejado al portero.

—¡Claro que sí, *bwana!* —exclamé mientras pensaba en mi extremidad dislocada—. Pero ahora te la subiré y tendrás que darle propina. Será una situación incómoda.

—No es necesario darle propina a ese tipo de... —Se calló de repente y sonrió con suficiencia. Se dio cuenta de cómo serían las cosas a partir de entonces.

Éramos libres, podríamos disfrutar de la compañía de la otra. Libres e iguales. Podríamos ser tan tontas y tan avispidas como quisiéramos—. Me ha parecido oler a sopa —dijo.

—Me temo que sí.

—Dios... —exclamó con un marcado ademán de repulsión.

—¿Te acuerdas cuando, en la escuela, Laura hizo llegar aquel mensaje a la cocina y empezaron a hervir col a las nueve y media?

Otra expresión de asco absoluto se apoderó de los ojos de Julianne.

—Mejor no hablemos de la escuela —pidió—. Aunque también es verdad que al menos allí podíamos volver a casa para comer y darnos un baño.

—Hay instalaciones comunitarias —afirmé.

—¿Hay espejos?

—¿Qué?

—¿Hay espejos de cuerpo entero en los baños?

—No. Sólo hay cañerías. Y vapor. El agua sale caliente. Las baldosas son blancas, y algunas no están muy agrietadas. Y también hay polvos para fregar en un estante, para cuando has terminado.

—No entiendo cómo esperan que lo hagamos. Que nos bañemos sin espejo.

No dije nada. Nunca me había parecido algo esencial. Ni siquiera importante.

—Están en el pasillo —dije—. Tres baños, uno junto al otro. No hace falta que te los describa.

—Me gusta que me describas las cosas —dijo con cierto mal humor—. Las descripciones son tu fuerte. No sé por qué te ha dado por estudiar Derecho. Por

vanidad, supongo. Quieres demostrar tu agotadora omnicompetencia. —Miró a su alrededor—. Ya veo que te has quedado la mejor mesa. Y la mejor cama.

Se sentó en la suya y sonrió con afectación.

—Al pelo —aseguró—. Dime, Carmel, ¿cómo puedes soportar vivir tan alejada del campo? Una chica como tú, criada con todo a favor..., las alfombras de croché, los patos volando en la pared...

—Nosotros no tenemos patos volando, de hecho. Aunque mi tía, sí.

—Tal vez no, pero supongo que sí que tenéis uno de esos juegos de chimenea, ¿no? Con una pala y un rascador dorados, ¿no?

No pude evitar sonreír.

—*Garçonne* —dijo—. Lo llaman así, ¿no? Corto. Rapado. —Me señaló antes de continuar—: ¿Sabes lo mucho que me afecta verte la cabeza así? Después de tantos años sentada detrás de ti, viendo tus trenzas desgreñadas, con los extremos de las cintas cortados en forma de V, como en las coronas de flores...

—Eso no lo sabía.

—... entro aquí, en esta habitación de la residencia de estudiantes de Londres a la que nos han confinado, a merced de su majestad... ¿Crees que nos permitirían mudarnos a un piso?

—¿Juntas?

—¿Por qué no?

—¿Y qué me dices de mis modales de clase baja?

Me echó el humo a la cara antes de responder.

—Ahora habría sonado bien responderte: «¡Una birria!».

—¿Ah, sí?

—Estaría bien ir por ahí hablando como si fuéramos personajes de una novela de Edna O'Brien. Va con nosotras.

—Sí, tienes razón —afirmé—. No tenemos tanta clase como para ser *señoritas de escasos medios*.

—Habla por ti, que eres hija de una limpiadora.

Julianne se pasó la mano por los ojos como si se secara las lágrimas, pero de inmediato se echó a reír de nuevo.

Le conté acerca de los poemas que se me pasaban por la cabeza.

—Necesitas evadirte —me dijo—. Deberíamos salir y vivir un poco. Podríamos ir a algún centro estudiantil, al fin y al cabo ahora también somos estudiantes. Y tomarnos una o dos botellas de Guinness, ¿no? Para curtirnos.

Por la noche había oído ruido de juerga, pensé para mis adentros. Podría haberme mordido esa lengua secreta que lo dijo desde el interior de mi cerebro. ¿Por qué tenía la sensación de que me estaba preparando para la batalla de Waterloo? Julianne intentaba que todo pareciera normal, pero para mí no lo era. Ella podía recuperar su hogar, viajar hasta allí cada fin de semana, si lo deseaba, si le apetecía tumbarse en su cama con colcha de volantes, en su habitación de toda la vida. Yo no podría regresar hasta Navidad, y entonces podría reclamar el importe del viaje al ayuntamiento. Según me había contado, sus padres se habían ofrecido para acompañarla en coche, ayudarla a instalarse, inspeccionar su habitación y añadir algún que otro lujo. Sin embargo, ella había preferido viajar sola en el tren de Euston;

además, debieron de darse cuenta de que compartía habitación y tal vez pensaron que yo ya habría traído mis propios lujos.

Intenté huir de la autocompasión: las palabras de Julianne, en general, parecían diseñadas para generar ese efecto en mí. Ya sentía añoranza; ahora, encima, me sentía pobre. Y no tanto porque tuviera el monedero vacío, sino por el miedo a sufrir la pobreza. Notaba el brazo derecho tan machacado que no me veía capaz de sostener el peso de una bolsa llena de libros de texto. Tenía ganas de empezar el curso de una vez: la tinta, los archivadores, el escozor en los ojos cuando llevan demasiado tiempo sin dormir y los pasos amortiguados de los supervisores en los exámenes. Estaba allí por ese tipo de cosas: para ir a mi aire, para aprender a vivir a mi manera.

Alguien llamó a la puerta. Julianne cruzó la habitación de un brinco. Era el portero, le había subido la maleta.

—¡Déjela ahí! —dijo con gracia y desparpajo, abriendo los brazos, como si fuese toda una marquesa. En la bolsa de viaje llevaba un *plumcake* que había preparado en casa y había metido en una caja de latón. Sabía arreglárselas, se manejaba bien lejos de casa. Pensé en su padre, médico, y en sus tres hermanos, que en la escuela jugaban a *lacrosse*. Tener hermanos es una ventaja: conceden a las mujeres la facultad de despreciar fácilmente a los hombres. Julianne parecía tener la piel bien curtida. En general, estaba más preparada para las aventuras, sabía adaptarse mejor a cualquier contexto.

—Julianne —dije—, no has mencionado lo obvio.

—¿Qué es eso tan obvio? —dijo, entrecerrando los ojos—. ¿De qué estás hablando?

—Sabes que me refiero a Karina.

—Déjalo —dijo Julianne.

—Todavía no ha llegado, al menos que yo...

—Da igual. Déjalo.

—Me preguntaron si preferirías compartir habitación con ella.

Julianne se me quedó mirando.

—¿De dónde demonios pueden haber sacado esa idea?

No pude evitar sonreír para mis adentros.

—Sólo lo preguntaron. Creo que fue una formalidad.

—Supongo que les pediste que nos la pusieran bien lejos, en la planta inferior, la superior...

—Bueno, está en la puerta de al lado.

—¿Me estás diciendo que les...?

—No, tranquila. Era broma. Pero está en este mismo pasillo, en la C21. —Lo sabía porque había visto cómo el lápiz de la conserje se movía con agilidad por las listas, adjudicando números y plantas—. Está bastante lejos.

—¿Con quién?

—Una desconocida.

—Tenía que ser así. Tenía que ser con una desconocida. Si llegas a mover un dedo para dejarme con Karina —me dijo—, no te habría vuelto a dirigir la palabra. —Se quedó pensando un momento—. Te habría perseguido por la calle con algo puntiagudo, para hacerte carreras en el mejor par de medias que tengas. Habría cogido un paquete de Durex y habría

escrito encima: «Me muero de ganas, Niall» y habría firmado con tu nombre; aunque antes los habría sacado del embalaje, los habría pinchado con un alfiler, los habría vuelto a enrollar, los habría precintado de nuevo y se los habría mandado a tu novio dentro de un sobre con un beso impreso con pintalabios.

—¿Has terminado?

—Pintalabios rojo —añadió.

Me entraron ganas de defenderla, de decir algo como «Vamos, es Karina, supongo que seremos amigas, ¿no?». Sin embargo, no pude. Me pareció demasiado infantil, como si no hubiéramos avanzado nada. Cogí mi paquete de cigarrillos y lo lancé sobre la cama de Julianne.

—Toma. He dejado de fumar.

Ella se me quedó mirando, boquiabierta.

—Pero si acababas de empezar.

—Me he propuesto ser veleidosa incluso en mis costumbres.

Julianne se rio. Los músculos se van tensando, se va concentrando la sangre. Mil campanillas llevan sonando y hasta las ruedas hacen su cante.